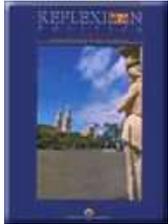




Reflexión Política

[Inicio](#) | [Año 1 No. 2](#)



Año 1 No. 2
Bucaramanga
Diciembre de 1999

LA UNIVERSIDAD Y EL CONFLICTO ARMADO

Ernesto Rueda Suárez

En la era de la modernidad las universidades siempre se han visto involucradas de manera directa o indirecta en los conflictos armados y en las guerras. En el siglo XX han desempeñado un papel a veces determinante en la producción de conocimientos y de tecnologías que, a la postre, han definido el destino mismo no sólo de las guerras sino de la humanidad. El ejemplo de la II Guerra Mundial es claro en este sentido. La pléyade de científicos que migraron escapando de la tenaza nazi, sobre todo hacia los Estados Unidos, hizo posible el desarrollo y puesta a punto de la bomba atómica, la gran arma con la que se disuadió a los que fueron definidos como enemigos de la democracia y de la humanidad, que estuvieron representados en la catástrofe de Hiroshima y Nagasaki.

En nuestra historia particular, la universidad siempre ha estado involucrada en la esfera de lo político, o lo que es lo mismo, en la esfera del Estado. Estuvo presente en las gestas libertadoras y en la configuración - o esa fue al menos su pretensión- de un Estado republicano y democrático. La reiterativa pregunta sobre cuál es o debe ser el papel de la Universidad y su relación con la sociedad, es una pregunta que los europeos, por ejemplo, han sabido contestar hace más de 500 años y los americanos del norte hace más de 200. Una sociedad, o mejor, unas elites que no logran contestar con éxito estas preguntas, hacen que la sociedad no logre definir sus grandes metas estratégicas de largo plazo, metas que no han logrado construirse en ningún país de Occidente - y ahora también de Oriente - al margen de la institución universitaria, y en general de la educación.

Está claro que en Colombia, el Estado ha hecho todos los esfuerzos, sobre todo en los últimos 30 años, para irse desentendiendo poco a poco, de manera gradual, del desarrollo de la institución universitaria, y ha dado paso a un perverso concepto de universidad privada, cuyos resultados están hoy a la vista : un deterioro o debilitamiento de la institución universitaria, desde el punto de vista cualitativo; pues está claro que desde el punto de vista cuantitativo, tenemos un verdadero big-bang universitario. Pero la investigación, la producción de conocimientos nuevos, la comprensión de lo que somos, y hacia dónde vamos o debemos dirigirnos ha sido en realidad muy escasa, dándose entonces el país el lujo de desperdiciar o regalar lo mejor del talento y la imaginación nacional. A pesar de ello somos un país de una enorme riqueza cultural y con unas potencialidades humanas que toda la comunidad internacional reconoce; que sumadas a las condiciones objetivas naturales, hacen de nosotros los colombianos un país destinado a mejor suerte que la que hemos padecido ya en estos casi 200 años de vida postcolonial española.

En el estatus político actual de Colombia, atravesado por un conflicto armado de varias décadas, que amenaza con convertirse en guerra civil generalizada si fracasan las actuales tentativas de negociación, según la percepción de muchos analistas civiles y militares y de miembros de la cúpula de las Farc, la universidad no puede mostrar sino una insuficiencia en la producción de conocimiento social acerca de la

naturaleza de nuestros conflictos y violencias, y sobre todo en la imaginación de escenarios para la superación de los mismos, y la definición de funciones y papeles que le puedan corresponder en una situación de post conflicto. Si bien la bibliografía propia sobre el tema tiene un crecimiento constante y aun acelerado, es insuficiente. Ello tiene muchas más explicaciones externas que internas. Es sabido que durante años fueron desestimados los estudios sociales en el país, y algunas universidades llegaron hasta a suprimir programas por considerarlos peligrosos, como los de Sociología o Trabajo Social, y el cuerpo docente sufrió verdaderas persecuciones y estigmatizaciones. Hay que reconocer, sin embargo, que aún en las condiciones más adversas, el país ha producido investigaciones notables, y en las que muchos profesores extranjeros han hecho importantes aportes.

Pero la universidad colombiana, y en especial la llamada pública o estatal, ha sufrido los peores embates desde los distintos ángulos de los actores armados, y en especial se ha ensañado con instituciones como la universidad de Antioquia, cuyo campus ha sido convertido en lugar de ajuste de cuentas entre grupos armados y en el lugar para intimidar al quehacer académico que logra germinar alrededor del tema del conflicto armado, como es el estudio de los derechos humanos y su violación, los desplazados, los estudios sobre pobreza y marginalidad, sobre narcotráfico, en fin, sobre innumerables temas que son en realidad muy sensibles, pero cuyo estudio es obligatorio, si en realidad la sociedad colombiana toma el rumbo de resolver, por la vía de la negociación el conflicto armado, y por la vía de planes estratégicos, la solución de las múltiples violencias que padecemos, y que tienen diversos orígenes.

No puede negarse que en la actualidad nuestra universidad ha sido atemorizada - que no amordazada - y que no encuentra un ambiente propicio para realizar su trabajo académico e investigativo; no sólo porque sufra la amenaza y la acción directa de actores armados, sino porque no cuenta con la financiación suficiente ni con el número de investigadores necesario para llevar a cabo esta inmensa tarea. Las estadísticas internacionales muestran que Colombia ocupa uno de los últimos lugares no sólo en el mundo global sino en el estrecho mundo de América Latina, en cuanto inversiones y apoyo a la investigación científica en todos los campos. Y el mea culpa aquí no corresponde sólo al Estado sino a la esfera de lo privado, o mejor, de la llamada sociedad civil. Lo que revela también un nexo débil entre la sociedad y la institución universitaria. Y esa debilidad es, por supuesto, una comprobación de que nuestra historicidad es también una historicidad débil, incapaz de pensarse a sí misma, con solidez, rigor, sistematicidad y racionalidad, no para las cosas inmediatas, sino para pensar un proyecto nacional de largo plazo en condiciones de paz, es decir, en un estatus político que pueda asegurar, atar y fijar unas condiciones sociales de vida justas, decentes y dignas.

La creación de ese estatus político de paz, exige de modo paradójico, escenarios no sólo de distensión militar, sino escenarios neutrales y despolitizados - despolitizados de la política que genera la guerra y la violencia -. Es en este tipo de escenarios donde algunas instituciones como la iglesia, la universidad, OONGG y la propia Cruz Roja Internacional han podido actuar con relativa eficacia. Durante décadas oímos y aprendimos que la universidad y el conocimiento tenían siempre un compromiso político, y por lo general ese compromiso, para que fuese válido, debía estar inscrito en el terreno de la "verdad proletaria", lo que de manera inevitable conducía - y conduce - a las respectivas estigmatizaciones, sectarismos y voluntarismos. Costó un alto precio a la universidad colombiana comprender que un quehacer político de esta naturaleza, desgastó y agotó no sólo a la institución universitaria, esterilizándola, sino que frustró a más de una generación de estudiantes y profesores. La universidad quería ser política, pero excluía de la política a quienes no participaban o simpatizaban con una cierta política oficial izquierdizante y dogmática. La universidad colombiana actual ha aprendido bien esa lección, y hoy - con excepciones cada vez más raras - se ha vuelto un campo más tolerante y en un espacio más propicio para el libre desenvolvimiento de diversas

alternativas de pensamiento y de investigación.

Tal vez es necesario profundizar un poco en esta idea de que la universidad sea un escenario neutral y despolitizado, como condición para que pueda ejercer a cabalidad un papel preponderante y eficaz, más que en la superación del conflicto armado, en la difícil y compleja era del postconflicto, la era en que todo lo acordado, fijado y asegurado en el pacto de terminación del conflicto -¿Nueva Constitución ?- tiene que ponerse en marcha, para asegurar una paz de larga duración. El concepto de neutralidad ha tenido - como todos los conceptos - un largo recorrido histórico, y por lo tanto para nosotros hoy debe tener un significado muy distinto al que le dio la filosofía política en el siglo XIX o XX. Siguiendo la conceptualización de Carl Schmitt (El concepto de lo político, p. 108,s.s.) las sociedades occidentales (europeas) han tenido un permanente desplazamiento de sus centros de gravedad, pasando desde la religión hasta la metafísica y de allí a la ciencia y la técnica, en un continuo proceso de secularización. Así, los conceptos que elaboran las diversas generaciones sólo son comprensibles a partir de esos desplazamientos del núcleo central. En la medida en que la secularización avanza, la ciencia va ocupando cada vez más un ámbito cultural y masivo amplio, y es por tanto aceptado dentro del estatus político como algo neutral, es decir, ya desligado de todas las connotaciones políticas que puedan considerarse peligrosas. El combate entre el dogma y la ciencia se define en últimas en favor de la ciencia. Así dice Schmitt, " todos los conceptos y representaciones de la esfera espiritual, Dios, la libertad, el progreso, las ideas antropológicas de lo que es la naturaleza humana, la publicidad, lo racional, y la racionalización, y en último término tanto el concepto de la naturaleza como el de la cultura misma, todo esto obtiene su contenido histórico concreto por su posición respecto del ámbito central, y no se puede entender si no es por referencia a él".

La universidad de la modernidad ha entrado en ese campo de neutralidades y despolitizaciones, que le permiten funcionar con un mayor grado de libertad en la producción de conocimientos, ciencia, técnicas y artes. Esto no significa que sus productos intelectuales no tengan un sentido político, o estén encuadrados dentro de un estatus político, pero la búsqueda de una esfera neutral es lo que puede garantizar que se evite caer en un terreno conflictivo. Desde luego, se requiere que el estatus político o el Estado hayan evolucionado a tal grado que puedan garantizar una neutralidad a la institución universitaria. En el caso colombiano bien lejos estamos de este centro de gravedad, y la universidad casi siempre se ha encontrado en conflicto con el Estado. Por tanto, la universidad colombiana ha contribuido muy poco a la gran tarea de creación de la nacionalidad y del Estado. El estado del arte muestra que Colombia es un inmenso archipiélago de regiones y subculturas - de las que con frecuencia nos vanagloriamos -, pero como Estado y nación aparecemos fragmentados y segmentados.

Pensar el país ha sido la pretensión permanente de la universidad, pero en muy pocos momentos del siglo XX ha podido realizar esta tarea, pues la sobrepolitización ha sido una de sus constantes históricas: hacia mediados del siglo atravesada por la política bipartidista, hasta el Frente Nacional, y a partir de allí tuvimos una sobrepolitización izquierdista y sectaria, que en algunos momentos la han debilitado y postrado. Ahora nos encontramos en un fuerte centro de gravedad, mediado por la defensa de los Derechos Humanos, que la torna de nuevo vulnerable, hasta el punto de convertir sus propios campus en lugar de la más cruda violencia, y atrozando de un modo muy peligroso la investigación científica, e intimidando a la comunidad académica con frecuentes muertes violentas de investigadores y docentes. Sin duda alguna el actual estado del conflicto armado hace que la universidad deba volver a pensar en su papel y su función con la sociedad, pues ya el solo hecho de pensar se torna peligroso, pero, o la universidad piensa o no es nada. Uno de los primeros acuerdos políticos, además de los que se definen en torno a los derechos fundamentales y del DIH, debe referirse a la salva guarda de la

institución universitaria, pues es de su seno de donde saldrán innumerables proyectos y gestiones en la era del postconflicto. Pero para ello se requiere que el Estado pueda garantizarle una neutralidad política interna positiva, es decir, una neutralidad con el sentido de favorecer la toma de decisiones, y que según el pensamiento de Schmitt puede significar al menos cuatro cosas:

1. Neutralidad en el sentido de objetividad sobre la base de una norma reconocida, lo que implica un desarrollo coherente y sistemático del derecho y de la justicia;
2. Neutralidad sobre la base de un conocimiento objetivo y no egoísta de las cosas; es la típica neutralidad del experto, del mediador y del árbitro;
3. Neutralidad como expresión de una unidad y totalidad que abarca en su interior agrupaciones antagónicas y que por lo tanto relativiza en su seno esos antagonismos; es la neutralidad propia del Estado en cuanto a hacer valer el interés conjunto del Estado como tal; y
4. La neutralidad del que se mantiene al margen, y como tercero puede, en caso de necesidad, dar cauce a la decisión y lograr la unidad.

No se trata pues, de definir una neutralidad ingenua o escapista para la universidad colombiana en una época de conflicto político armado, cuando la degradación ha llegado a extremos de generar el miedo colectivo y la desaparición física y selectiva de muchos miembros de la comunidad académica. Se trata de crear un centro de gravedad neutralizado, en donde pueda ser posible el trabajo intelectual de pensar el país y de proponer salidas racionales al conflicto. El Estado debe garantizar esta neutralidad a la universidad, pues por sí misma es muy vulnerable, y entre sus papeles o funciones no cuenta con la posibilidad de autodefenderse. También la sociedad, a través de sus múltiples organizaciones, en especial las formadas de opinión pública, deben trabajar para defender las posibilidades de trabajo intelectual, necesario para la construcción de nación y de Estado.